

para quien la Constitucion fuese un papel sin sentido, la ley una vana fórmula, la seguridad individual una mentira; si los ciudadanos todos se hubieran visto espuestos á las sospechas y persecuciones injustas del Gobierno, á los destierros, á los fusilamientos sin formacion de causa, á las cuerdas á Filipinas, á todas las vejaciones á que en infaustas épocas han estado sujetos; si los contribuyentes se hubieran visto gravados con enormes tributos, y lo que es peor si hubieran visto que esos tributos servian para engrasar fortunas particulares ó iban á perderse en la sima insondable del favoritismo y de la empleomania; si como en otras épocas no hubieran hallado seguridad ni para sus personas, ni para sus bienes, ni para sus intereses morales, ni para los materiales; si nos hubiéramos en fin encontrado en una de esas épocas reaccionarias en que hombres desatentados pugnaban por resucitar todo lo antiguo, ¿hubiera sido tan fácilmente y tan prontamente sofocada la rebelion del general Ortega? Si la tropa que le seguia engañada se hubiera vuelto contra él, en esas circunstancias no hubiera tordado en encontrar secuaces.

Estamos seguros de que una insurreccion como la de Ortega en las circunstancias de opresion por que hemos pasado otras veces, habria sido formidable, mientras que hoy no ha pasado de descabellada intentona que se ha estrellado contra el buen sentido de la tropa y del pueblo al primer golpe.

Fortuna ha sido para las instituciones que nos rigen y para el Trono de Doña Isabel II no estar mandados por hombres odiados de todos los partidos: fortuna ha sido que rigiera los destinos de la Nacion un Gobierno querido y respetado por su legalidad y tolerancia y en quien espera todavia mucho el pais liberal. De otra suerte, en ódio á los gobernantes tal vez se habrian formado facciones que hubieran puesto en peligro cosas mas altas. No seria ciertamente la primera vez que ciertos hombres hubiesen traído al borde del precipicio á los mismos que aparentaban defender. Pero la represion hubiera sido mas dificil y las desgracias que se habrian ocasionado innumerables.

Felicitémonos pues de que un régimen liberal, tolerante y legal establecido de antemano bajo el mando de un Gobierno justo ha hecho imposible y descabellado lo que de otro modo podria haber dado dias de luto á la Patria y á la Reina.

Muy pocas veces ocurren en las islas Baleares sucesos tan notables é importantes como los que preocupan la atencion pública. El vapor-correo *Jaime II* fue embargado de orden del Capitan

general D. Jaime Ortega el veinte y nueve de marzo último en el momento mismo de ir á hacerse á la mar para Barcelona: los pasajeros tuvieron que saltar á tierra y desembarcar sus equipajes. Poco despues se dió orden de aligerar por completo el buque desembarcando todo el cargo, operacion que verificaron sesenta soldados de la guarnicion. El buque tomó al mismo tiempo carbon para cincuenta horas, y por la noche salió llevando á bordo al señor Cavero, ayudante del general: el rumbo fué hácia el Cabo blanco, derrotero de Mahon.

Los habitantes de Palma no sabian á que atribuir el extraordinario movimiento que se notaba en el puerto. Hacianse muchos comentarios y conjeturas, pero las que corrian con mas insistencia eran la de haberse sublevado un batallon en la Mola, Menorca, y de estar á la vista de aquella fortaleza una escuadra inglesa. Daba algun fundamento á estos rumores la presencia de un vapor ingles en bahía y la llegada de otro frances pocas horas antes de tomar el general sus disposiciones: ambos vapores eran mercantes.

Trascurrió el dia treinta sin mas novedad que el embargo del *Jaime I.º* recién llegado de Valencia, y las tropas reunidas en los cuarteles, hasta que por la noche se embarcaron en un jabeque armas, municiones, raciones de pan y cuatro piezas de artillería. En la misma noche se embarcó tambien el provincial de Mallorca haciéndose á la mar con el general, pero á las pocas horas retrocedió entrando otra vez en el puerto. Al amanecer del siguiente dia habia en el puerto cuatro vapores, todos ellos cargados de tropa hasta los topes, y á la caida de la tarde entró otro con tropas igualmente. Ya entonces los rumores eran de muy distinta especie, pero de tal gravedad que llenaban de angustia y sobresalto á aquellos pacíficos habitantes. En la noche del sábado al domingo partió el Capitan general con todos los buques dejando la ciudad sumamente consternada.

Hemos dicho que Ortega habia enviado el *Jaime II* y un vapor frances á Mahon con su ayudante el señor Cavero. Este debia entregar un pliego al general Bassols conteniendo la orden de embarcar en dichos buques el batallon de provinciales de Tarragona, cuya fuerza se necesitaba en Palma para hacer los honores al príncipe de Babiera que era esperado en aquel puerto, y que á la vuelta del mismo vapor remitiria á Mahon el provincial de Mallorca. Esto no hubo de estrañar al pundonoroso general Basols, pues parece estaba ya convenido que se habia de verifi-

car el cambio de tropas por razones del servicio. Lo que si hubo de infundirle algunas sospechas, fué que habiendo quedado una partida de tropas sin embarcar por nocoger en el buque, el general Bassols hizo observar al capitán del vapor francés que por tan corta travesía podía colocarse de cualquier manera que fuese la poca fuerza que quedaba, á fin de no separarla de su cuerpo. A esto contestó el referido capitán que no quería tomar mas gente á bordo, porque no sabia si la travesía habia de ser corta ó larga.

Embarcadas las tropas y pertrechos de guerra de la manera que queda explicado, el general Ortega dijo al capitán del *Jaimé II* que se debia hacer rumbo al *Fangar*, y no teniendo este en su carta el espresado sitio, bajó otra vez á tierra con el general para tomar informes en la Capitania del Puerto sobre aquel fondeadero. Desempeñada esta comision y puestos en marcha los vapores, se dió la órden para dirigirse á San Carlos de la Rápita.

Como el pais desea saber con ansiedad los pormenores de este gravísimo suceso, vamos á referirlos en todos sus detalles segun nos los han comunicado testigos presenciales.

El primero de abril, al oscurecer, anclaron en el puerto de la Rápita tres vapores españoles, uno inglés, el *City of Noruscy* y otro francés el *Haveaune*. Inmediatamente mandaron un bote á tierra previniendo al jefe de marina dispusiese de los medios que tuviera á mano para desembarcar tropas del ejército. Un ayudante de la comandancia solicitó de un buque de guerra anclado en el puerto sus botes y 30 marineros, los cuales en union á una porcion de gente que acudió al llamamiento de la autoridad local, dieron principio al desembarque, que duró toda la noche.

Al amanecer del dos, los vapores españoles se hicieron á la mar, dejando en tierra el batallón provincial de Tarragona, n.º 51, y fuerza 1,026 plazas; el de Mallorca n.º 35, y fuerza 800 idem; el de Lérida, n.º 49, fuerza 950 idem; el segundo batallón de Asturias, n.º 31 con 500 hombres; el primer escuadrón de cazadores de Mallorca n.º 1, con 26 hombres y 17 caballos; Carabineros de infantería 100 hombres; Artillería, fijo de Mallorca, 4 piezas de á 4 rodadas, con un capitán, un teniente y 50 artilleros. Se desembarcaron tambien 1,000 fusiles, 100,000 cartuchos y 50,000 duros en metálico.

Ni tropa ni paisanaje sabian el objeto del movimiento, en términos que habiéndole preguntado el comandante del provincial de Tarragona (señor Rodríguez Vera) al general Ortega si el or-

den público peligraba, si en Madrid habia ocurrido algo que motivára el abandono de las Baleares, le contestó que era un mal militar, que desconocia la ordenanza, y que su deber era obedecer á sus superiores sin preguntar la razon del mandato.

El alcalde de la Rápita empezó á sospechar de Ortega cuando le oyó sigilosamente mandar rompieran los hilos del telégrafo de Valencia, cuando observó que tres ó cuatro personas conocidas en el pais por sus ideas carlistas, eran sus únicos confidentes, cuando advirtió que espedia unos pliegos para el Maestrazgo y cuando vió que la gente que de las masías inmediatas venian á proveerse de pan, tabaco y otros artículos, no se les permitia salir del pueblo por los centinelas que lo circunvalaban.

Con estos antecedentes, creyó que Ortega intentaba un movimiento revolucionario, y dió sagazmente parte al alcalde de Tortosa, quien puso al corriente de lo que pasaba á todas las autoridades del Principado.

El dia 2 la tropa de Ortega empezó á sospechar de su general, y aunque todos se preguntaban nadie sabia darse la razon de lo que veia, ni menos se determinaban á promover una sedicion contra el general, temiendo obrara con conocimiento del Gobierno.

Ortega detenia todas las diligencias preguntando las novedades que hubiera en Madrid y Valencia. En una de ellas venia para Barcelona el brigadier Correa, y como preguntase al general Ortega la razon de hallarse con la tropa de su distrito en aquel punto, le contestó que el Gobierno se lo habia ordenado.

Desde de la Rápita se dividieron las fuerzas el dia 2, ocupando á Amposta, Ulldecona y otros puntos; mas como la tropa llegará ya á conocer que se les queria hacer instrumento de planes ocultos contra el Gobierno, sabiendo por otra parte que el brigadier Ceruti habia marchado de allí con fuerzas de todas armas en direccion al Ebro, formarónse el dia 3 en un campo, cerca de Tortosa, exigiendo una explicacion al general Ortega. Este sin saber qué decir, perdió su serenidad y en el acto los batallones empezaron á prorrumpir en vivas á la Reina y al órden público adelantándose algunos soldados hasta querer matar al general, quien á toda brida se alejó de los soldados seguido de muy pocas personas.

Los jefes de los batallones arengaron á sus respectivas fuerzas emprendiendo la marcha á Tortosa, en cuya plaza se alojaron al caer la tarde del 3.

El Gobernador de Tortosa, resuelto á impedir toda agresion

contra la plaza, alistó la artillería y se preparó á hacer fuego á los batallones si se hubieran acercado.

La insurreccion, en caso de estallar habria sido esterminada al momento, tanto por las tropas que de diferentes puntos acudian á sofocarla, como por el magnífico espíritu del pais, que en son de somaten se disponia á caer contra los perturbadores del orden.

De todos los pueblos de la provincia se pedian armas, y es seguro que de Tarragona, Reus, Cambrils, Tortosa y bajo Priorato habria acudido una nube de gente acostumbrada á oír las balas, bastante á dar fin á la insurreccion.

Un oficial de los batallones que llevó engañados el ex-general Ortega, ha escrito la siguiente carta, cuyo contenido ofrece un vivo interés en estos momentos:

Tortosa 3 de abril.

Muy señor mio: El día 30 á las ocho de la mañana se presentó ó fondeó en el puerto de Mahon el vapor *Jaime II*, y saltando inmediatamente á tierra, sin esperar la sanidad, un ayudante del capitan general se marchó á casa del gobernador. Estaba yo precisamente en el muelle entonces y me llamó la atencion esto; me fui al café á ver si sabia algo y encontré que muchos estaban preguntando lo que yo, sin que supiesen darnos razon alguna. A las nueve y media me marché á casa, y no bien habia llegado, cuando ya tenia un ordenanza llevándome la orden de que marcháramos á las cuatro y media de aquella tarde segun lo habia dispuesto el general gobernador.

El día 1.º pasó llevando y trayendo órdenes á pesar de un aguacero espantoso. Llegó la hora del embarque y lo efectuamos, creyendo que íbamos á Palma á una gran parada, por creer llegaba á este punto el príncipe de Baviera.

Caminamos aquella noche en un transporte inglés el provincial de Lérida, y el de Tarragona en el *Jaime*, quedando en el puerto otro vapor francés para recoger la fuerza que tenia aquel en la Mola trabajando y que no se habia incorporado.

Al día siguiente muy tempranito nos encontramos con el vapor mahonés el *Jaime I* y un místico á remolque, que conducian al capitan general, al batallon provincial de Mallorca, al de Asturias y fuerza de caballería, artillería y carabineros. Mandó el primero preguntar al capitan del vapor inglés que carbon tenia y respondióle que para tres horas; siguió este marchando y llegó á Palma, donde permaneció con la gente á bordo hasta la una de la noche que emprendió de nuevo su rumbo. Esto dió que pensar, pero como no se sabian pormenores de la batalla del 23, todos los jefes y oficiales decian: «Esto es que nuestro ejército necesita de refuerzos y nos llevan á Africa, mas el Gobierno no lo querrá decir hasta que estemos allí.» Todo el día se pasó en conjeturas y hasta en apuestas de si se iba á Valencia ó á Barcelona, cuando en la noche del día primero fondeamos sin saber donde nos encontráramos, porque todos los marineros hacian como que

no entendian el español hasta que al capitan de una goleta le preguntamos, y nos dijo que estábamos en San Carlos de la Rápita.

Recibimos la orden de desembarcar, y lo hicimos, concluyendo los últimos á la madrugada.

Allí vimos los hilos del telégrafo rotos, detenidas las diligencias y maliciamos, pero al desembarcar dijo el general Ortega á los jefes que sabia fusilar á los jefes y oficiales que preguntasen donde íbamos. En este pueblo estuvimos hasta las cuatro y media que salimos para Amposta habiendo antes pasado revista de Comisario.

Hoy hemos salido de Amposta á las ocho de la mañana, pero ya en conivencia todos los jefes y oficiales y al llegar á una altura del camino denominado Coll de Creus, mandó formar en columna por batallones y dar descanso. Así lo hicimos formando pabellones y formándonos en corros para deliberar como saldriamos de aquella posicion.

El general se paseaba con unos pájaros de mal agüero que iban siempre á su alrededor.

Por último se acordó que lo mas acertado era, al tomar las armas, dar un viva á la Reina y otro al Gobierno constituido por el jefe mas caracterizado, que era el de Tarragona, y si obraba en virtud de órdenes del Gobierno no faltábamos, y sino se explicaria entonces y le presentaríamos atado en Barcelona.

Tocó llamada y tropa y despues marcha, y al tiempo de tomar las armas dió un entusiasta viva á la Reina el teniente coronel de Tarragona, que repetimos todos, todos.

Lo mismo fué oír el viva el general, que echa á correr á escape, monta á caballo y desaparece como en torbellino con sus ayudantes y los paisanos.

Le siguió el buen jefe de Tarragona con dos compañías, pero ¿quién les alcanzaba ya? Entonces todos llorando de expansion y alegría nos abrazamos y siguieron los vivas á la Reina y al Duque de Tetuan.

¡Qué satisfaccion, decíamos, haber obrado tan bien todos y tan unánimes! Hemos cumplido bien con nuestro deber. Hemos seguido á nuestro capitan general y jefe de nuestra division, hasta que su conducta nos ha hecho dudar. El viva á la Reina despejó la situacion.

No creíamos que debian premiarnos, porque nuestra accion es la que todo el ejército hubiera hecho en caso análogo. Pero emprendimos la marcha hácia Tortosa, henchidos nuestros pechos de entusiasmo y alegría, satisfechos de nosotros, porque otros ilusos ó ambiciosos hubiesen creado un gran conflicto á la Nacion, con fuerzas tan respetables, pues éramos mas de 4.000 hombres.

Llegamos á la inmediacion de esta plaza y nos mandaron hacer alto, y un recado del gobernador para que pasásemos los jefes y oficiales á la Plaza Francamente, creíamos que íbamos á recibir satisfacciones, mas al llegar á las puertas, salió un jefe de artillería á preguntar si la tropa quedaba bien en sus puestos. Esto nos causó una verdadera sorpresa y viendo que se dudaba de los que tan noble y patrióticamente habíamos obrado, nos resistimos á entrar en la plaza como facciosos, segun parecia se nos conceptuaba.

Dadas amplias explicaciones por dicho jefe de artillería, entramos y entonces supimos que estaba dispuesta una proclama del general Dulce llamándonos.

Nos recibió el brigadier gobernador de Tortosa, empezando por decirnos que admitía á nombre del Gobierno el *homenaje* que nuevamente veníamos á prestar á la Reina cuya espresion la rechazaron los jefes diciendo que *no teníamos que prestarlo porque ni un segundo habíamos abandonado á nuestra soberana ni á su Gobierno*. Rectificó, pero nos mandó alojar en los Barrios, sin permitir á la tropa entrar en la poblacion.

Estamos esperando que venga el capitán general, y no dudamos que hará completa justicia á los que tan bien han obrado.

El capitán General de Cataluña, don Domingo Dulce, al recibir la noticia de la rebelion de Ortega, publicó la sentida alocucion que transcribimos á seguida:

«El general en jefe del segundo ejército y distrito á las tropas de su mando y á los habitantes de las provincias que guarnece:

El general Ortega, que mandaba en las Islas Baleares la cuarta division de este ejército, abusando de la autoridad legitima que hasta ahora ha ejercido, abandonó ayer su puesto desembarcando en San Carlos de la Rápita por la noche, con las fuerzas destinadas á aguardar aquellas islas. Este es un acto de rebelion.

En los momentos en que el ejército victorioso acaba de imponer la ley á una Potencia estrangera, recojiendo laureles que harán inpercedera su memoria, á costa de su sangre y de los sacrificios que la Nacion se ha impuesto con una voluntad unánime, y con un entusiasmo de que hay pocos ejemplos en la historia, no encuentro términos que alcancen á calificar esa rebelion que solo puede comprenderse suponiendo en los que la dirigen, un acuerdo previo con el Emperador de Marruecos para hacer infructíferas las glorias de nuestros hermanos de Africa y los esfuerzos de España, dirigidos á reducir á la razon al orgulloso africano que negaba el derecho con que se les demandaron satisfacciones justas por los agravios inferidos al pabellon nacional en nuestras plazas del Norte de aquel continente.

Tengo la fundada esperanza de que las tropas que han seguido al general Ortega, en fuerza de su disciplina, oirán el llamamiento que les hago como general en jefe, y abandonarán al que tan indignamente ha abusado de la ciega obediencia que por la Ordenanza deben al general á cuyas órdenes se hallaban legitimamente.

Fuerzas de este ejército salen para atraer á las engañadas, ó para combatir las en su caso.

He dado cuenta al gobierno de S. M. de este lamentable suceso, y espero que las acertadas disposiciones que se dicten apresurarán su desenlace sin causar honda sensacion, ni en la paz que la Nacion disfruta, ni en los intereses empeñados en el desarrollo de la riqueza y prosperidad pública.

«Soldados: Lealtad y confianza en vuestro general en jefe, que os conducirá por la senda del deber.

Pueblos: Confianza tambien en el Gobierno de S. M. que restablecerá el orden, aniquilando á la pandilla que apela á una reaccion odiosa para volver á alcanzar el poder. Para ello es indispensable que todos os esforcéis en conservar el orden público en vuestras demarcaciones; esto basta para restablecer la paz envidiable que habeis disfrutado.

Barcelona 2 de Abril de 1860.—El general en jefe, Domingo Dulce.»

La rebelion del general Ortega no tiene nombre bastante duro con que calificarse. El que de tal modo falta á la confianza que el Gobierno habia depositado en su persona; el que abusa de una manera tan indigna de la posicion en que se hallaba colocado y que habia obtenido á fuerza de protestas y ofrecimientos de una adhesion sin limites á la política simbolizada en la situacion actual; el que desempeñaba uno de los cargos mas importantes del pais, un puesto de honor como era el mando de las Baleares, islas tan codiciadas, en los momentos de una guerra nacional y cuando aun no está la paz enteramente asegurada; el que falta al mismo tiempo á su honor, á su pais, á sus compromisos, á sus antecedentes y á sus deberes de todas clases; el que engaña y seduce á las tropas puestas á sus órdenes fingiendo que va con ellas á sofocar una sedicion cuando las lleva á promoverla, es preciso que haya perdido todo sentimiento de dignidad y de decoro, y que obre solo impulsado por los mas viles instintos.

El delito del general no tiene nada que lo atenua; el de sus subordinados tiene circunstancias atenuantes que en muchos casos, y deseamos que en todos, puedan llegar á convertirle en una simple fatalidad. En la causa que debe haberse mandado formar sobre los hechos, y en las informaciones que á ella vengan, se depurará la parte de cada uno, y confiamos en que serán muy pocos aquellos á quienes haya que castigar con severidad.

Pero asi como la tropa seducida ha sido instrumento de Ortega, el mismo Ortega ha debido serlo de algunas otras personas. No creemos que el plan de rebelion haya nacido solo en el cerebro del capitán general de las Baleares, persona cuya importancia militar y política se fundaba única y exclusivamente en la posicion que ocupaba. Algunos otros de mas convicciones, de mas intencion, de mas penetracion que él, le han elegido por vil instrumento halagando su vanidad ó su codicia. La coincidencia de haberse presentado hácia Aranda de Duero una partida carlista mandada por un tal Herrera al mismo tiempo que estallaba la rebelion Ortega, demuestra que un plan mas ó menos bien combinado y no el acaso ha presidido á estos movimientos.

El gobierno como es de su deber cuidará de descubrir á esas personas á quienes Ortega sirve de agente, y si aun se hallan al alcance de su mano, lo cual es posible que no suceda porque los verdaderos autores en esta clase de intentonas cuidan siempre de ponerse fuera de todo peligro, no tardará en entregarlos al brazo imparcial y severo de la justicia. De todas maneras el descubri-